

MARTHA ASUNCIÓN ALONSO

MUTACIONES POÉTICA
(de *Wendy*, Pre-Textos, 2015, Premio de Poesía Joven RNE)

En mi familia no hay poetas.

Pero mi abuelo Gregorio,
cuando regaba el huerto en Belinchón,
se quedó tantas tardes
velando las acequias, murmurando:

*No
bebemos
el agua: es ella quien nos bebe.
El agua
es
la mujer.*

No, en mi familia no hay poetas.

Pero una vez, muy niña, encontré cáscaras
de huevo azul
a los pies del almendruco.
Se las mostré a mi padre y mi padre, silencioso,
me enseñó a hacerles un nido
con ramaje;
y me enseñó por qué: hay pedazos de vida
que son
sueños enteros.

En mi familia, os digo, no hay poetas.

Pero cuando mi bisabuela
Asunción
contempló por vez primera el mar
-la primera y la única-,
me cuentan que se quedó muy seria, muy callada,
durante un ancho rato, hasta que dijo:
Gracias
por
los ojos.

No sé de dónde salgo. En mi familia
no hay poetas
malos.

EL CINTURÓN DE HIPÓLITA
(de Wendy, 2015, Pre-Textos, Premio de Poesía Joven RNE)

Una vez, siendo niña, descubrí a la mujer
que me enseñó a montar en bicicleta
tiñéndose las canas: se había puesto, porque la resistencia mancha,
una camisa azul de su marido
muerto.

El cinturón de Hipólita es aquella camisa.

Mi primera maestra, Doña Cati,
enseñó a leer a tres generaciones de españoles
a través de sus gafas, ya estando jubilada: *Mi-pa-pá
es-el-más-gua-po-del-mun-do-y-mi-ma-má-la-más-fuer-te
del-pla-ne-ta-tie-rra.*

El cinturón de Hipólita es aquel par de gafas.

El día de su boda con el poeta Manuel Altolaguirre,
la poeta Concha Méndez caminó
flotando, con su traje de menta, hacia el altar
de los Jerónimos: su ramo de novia era un manojito
fresco de perejil.

El cinturón de Hipólita es aquel ramo verde.

Y el modo en que mi madre, a los cincuenta, le cambiaba las pilas
a su audífono para asistir a clases
en la universidad (las manos son las mismas que, con catorce
años, dejaban los compases y dictados
para ponerse a amasar pan).

El cinturón de Hipólita nunca lo robó Hércules.

Hércules robó el oro,
pero no la riqueza. ¿Cómo expoliar aquello que se mama,
capital invisible, indivisible, cual río
sangre abajo? Robó Heracles
el oro. Nos dejó

la nobleza.

CORAZÓN DE NARANJA

(de *Detener la primavera*, 2011, Hiperión, Premio Nacional de Poesía Joven)

Al pastor alemán que tú recuerdas, trotando por tu infancia,
lo atropelló un tractor cuando creciste.

Se nos cayeron luego los vencejos,
como guantes raídos, de las tardes azules,
tardes de manos llenas, cielo bajo.

Miro cómo mi abuela,
los ojos muy abiertos, fervorosa,
está exprimiendo un zumo en la cocina;
miro temblar sus manos, debajo de esas manos
miro girar el sol, aroma antiguo,
sangre pura del tiempo más redondo,
corazón de naranja que aún nos ciega.
No queremos morirnos, no queremos...

La miro y habla sola en la cocina,
mientras exprime un zumo como quien reza un salmo,
apura la inocencia y el candor, bebe memoria.

Miro temblar sus manos. Y el almendruco estéril,
la tapia; blanco sucio para trepar de sed,
amarga adolescencia, fruta viva.

Son cosas que brillaron antes de que te fueras.

(de *La soledad criolla*, 2013, RIALP, Premio Adonais)

Los perros sin collar venían a lamernos
la sangre en las muñecas.

No se veía el mar desde el balcón,
pero sí las sirenas, con sus bodys morados
de ballet, *Anda recta y no llores,*
grita fuerte si el ascensor se para,
no te fíes jamás
de un hombre o del instinto ni las calculadoras.

No sabíamos que éramos tristes,
así que no lo estábamos.

¿Cuántos vidrios de entonces tendremos que romper
para lograr una armadura?

Los fantasmas follaban en susurros,
bajaban al portal para fumar,
negarnos el dolor.

En los viejos baúles de difuntos,
¿siguen viviendo los vampiros buenos?

¿Se beberán de un trago todo el color azul
y la sal, las hormigas
de mi desmenuzado corazón?

Mi hermana no quería romper a caminar.

Los perros vagabundos
venían para morir a nuestros pies.

MANCHAS

(de *Balkánica*, 2018, Torremozas, Premio Carmen Conde)

Las golondrinas y las cigüeñas,
los pájaros más fieles del cielo, ensucian
cuanto tocan al construir sus nidos.

Las mamíferas lamen
sin escrúpulo alguno la placenta,
la sangre donde vienen sus cachorros.

La flor de loto crece en el barro.

Hay mujeres enfermas y hay hombres
que las aman: les sostienen
la sombra en el aseo.

Nada sabe del otro quien siempre lleva guantes.

Para aprender de amor, hay que abrazar
la mancha.

LA MARIPOSA BLANCA
(de *Balkánica*, 2018, Torremozas, Premio Carmen Conde)

En el velador de la residencia,
la mariposa blanca
y los cabellos blancos de mi abuela.

Mi abuela.

Con sus 91 años recién cumplidos,
apoyada en su bastón,
se queja porque *esto está lleno de viejos
con bastón.*

Y se mira los ríos de las manos
y no le teme al mar.

¿Quién se ha posado sobre quién?

Álbum de poetas

Fomento a la lectura a través de poetas contemporáneas

